

DELFINA CAREAGA

La escritora

ME CAUTIVÓ la casa de campo desde que la vi, a lo lejos, parada yo junto al tepozán seco. Hubo algo así como un regocijo en el aire que se extendió por todo el azul del cielo, cubrió los montes y se fue derramando hasta penetrar la tierra.

Resultó una casualidad que alguien, tal vez una vecina, me hablara de ese pueblo. El nombre de la población agradó a mi oído y me prometí tomar el viejo automóvil y visitarlo. No obstante, mi decisión quedó confundida por la terrible pasividad que me agobiaba. Transcurrieron muchos días hasta que un sábado, así, de pronto, me vi conduciendo mi carro por la estrecha carretera que me llevaría a aquel lugar.

Llegué al medio día. La luz ponía pinceladas de plata —difuminadas por los rayos del sol— sobre el alma iridiscente del pueblo. Recorrí la población entera. ¡No podía caber en mi asombro!: sus olores, su aire frío y hasta su polvo me eran tan conocidos... De vez en vez me detenía para observar a la gente: hombres y mujeres, jóvenes y viejos a los que creí reconocer, al grado de estar a punto de recordar sus nombres. Todos caminaban despacio, con la vista al frente, al parecer sin mirar nada que no estuviera allá, muy lejos. Por otra parte, también resultaba extraño contener en mí esa alegría, esa seguridad, como si al fin hubiera encontrado lo que era yo misma... ¡Como si por fin se me entregara el lugar que me correspondía! (Desde que tuve memoria me asustaron la ciudad y sus gritos. Siempre quise irme a un pueblo, a un sitio lejano, pero jamás tuve la oportunidad de hacerlo. Después me casé, fui feliz con mi esposo y casi olvidé aquel anhelo. Pero desde la muerte

de él, me volvió a acosar la idea de alejarme de la gran urbe; no obstante, no era suficiente la urgencia de marcharme; al parecer me era difícil manejar mi cuerpo, por eso terminaba invariablemente postrada mirando hacia fuera).

Al regresar al zocalito, sin pensarlo, me dirigí a la tienda más grande de comestibles, bebidas y ropa. Ni siquiera sabía lo que iba a decir; y de repente me escuché preguntar —con la voz prestada por alguien— por una casa que estuviera en venta. El hombre de la tienda me miró con curiosidad. No. Él no sabía que vendieran ninguna. Yo le devolví la mirada aceptando que quizás mentía, le di las gracias y salí.

Comí en la única fonda que había en el pueblo.

—Usted viene de la capital, ¿verdad? —se atrevió al fin a decirme la mujer que me atendía cuando yo terminaba de beber un café amargo.

—Sí... ¡pero me gustaría tanto vivir en este pueblo! —le contesté.

Ella se quedó callada.

—¿Por casualidad no sabe de alguna casa que vendan o que alquilen?

—Pos no. No tengo ni idea —me respondió mientras limpiaba la mesa.

—¿Puedo encontrar algún hotel?, ¿cualquier sitio donde hospedarme?

—Tampoco —me dijo. Y encogiéndose de hombros, añadió: Ya ve, aquí, en realidad, no hay nada.

Al momento de subir a mi auto, ya había oscurecido completamente. La ilusión de quedarme en aquel sitio crecía con tal fuerza que tuve que controlarme para no perder la atención en la carretera.

Yo tenía algún dinero para vivir dos, quizás tres meses, si sabía reducir al mínimo mis gastos. Además, contaba con cierta cantidad —mi único patrimonio— que deposité en un banco, precisamente para adquirir una casita sin pretensiones. Hacía un año que vivía sola y el recuerdo de mi marido era ya una discreta compañía que no turbaba el silencio en que me quedé desde su muerte. Por eso me sorprendí cuando al mirar el pueblo vibré de nuevo, como si por dentro me hubiera llenado de un suave canto de campanas.

Volví el siguiente fin de semana, y el siguiente, y el siguiente. He vuelto *siempre*. Conversaba cada vez más con las personas, y ellas parecían mejor dispuestas a comunicarse conmigo. Me sentía orgullosa de que me conocieran y me saludaran con esas sus raras sonrisas displicentes, pero a la vez, me consumía el deseo de vivir allí; y con ello me agotaba la desesperación y la impotencia al no poder vencer aquel enigmático mutismo, enemigo incógnito, inasible. Así, las semanas se iban escurriendo, entre la frustración y el placer escamoteado. Esos sábados y domingos dormía en el auto, aunque en infinidad de ocasiones la aurora me alumbró caminando. *Repasaba con mis pies —como para grabar en la memoria una complicada lección de humo— el sendero rebelde de las calles; mis pupilas, dóciles al blanco, parecían purificarse con la cal cocida a fuego de los muros;*

acariciaba las ventanas: humildes espejos de los árboles, y hacía que mi presencia se deslizara dulcemente frente a las puertas cerradas, mientras el tiempo se iba colando, inocente y distinto, en el cernidor de la espera.

Un día —idespués de tantos!— la mujer del restorancito me dijo:

—¿Y por qué no va a ver a don Filiberto Hurtado y le dice que le venda la cabaña, ésa que no ocupa y que tiene atrás del panteón, en el campo, la que está como a 500 metros de la última casa del pueblo? Ora que a lo mejor, asté ni la quiere por estar en un lugar tan *sólido*.

Casi me atraganté con el agua de tamarindo que bebía.

—¿Don Filiberto Hurtado? ¿Una casa? ¡Pero, por favor, si hace meses que la busco!

—Pos sí, pero a mí no se me había ocurrido. Si quiere, yo misma la llevo. Total, ahorita ya ni quien venga a comer.

Sentí que el corazón se me hinchaba peligrosamente. Atravesar el pueblo me pareció que nos llevaba el tiempo que dura una vida.

Lo primero que vi fue la barda de piedra, como larga y gruesa serpiente que custodiaba el terreno lleno de flores silvestres. Y en medio de toda esa superficie inclinada, en lo alto, se había construido la casa de adobe. En el techo, las tejas se abrían para que pudiera respirar una chimenea.

Algo me dijo que sería mía porque allí iba a morirme.

Sofocada, me apoyé en el viejo tepozán, junto a la cerca (esa imagen tan eternamente presente).

Aturdida, nerviosa, me dispuse a convencer al dueño para que me la vendiera. Yendo para casa de don Filiberto, mi acompañante vio que éste caminaba por la calle. La facilidad con que se daba el primer encuentro me hizo creer que la suerte estaría a mi favor. La mujer de la fonda me lo señaló y yo corrí para hablarle. Al terminar de explicarle lo que yo deseaba, él me miró con una intención que aún no puedo definir, era algo parecido al miedo. Fue sólo un instante. Después de reflexionar unos segundos que me parecieron eternos, me dijo que no pensaba vender aquella propiedad, pero que tampoco la quería para nada. Al fin de cuentas, entre frases incompletas y evasivas, prometió pensar en mi propuesta y resolverme en unos días. (Sí, me acuerdo que prometió resolverme *algún día*).

El sábado siguiente, desde muy temprano llegué al pueblo. Me dirigí directamente a la casa del señor Hurtado, frente a la plaza principal: un jardín adornado con

álamos. El quiosco rojo se veía garabateado de verdes por las plantas que trepaban por su herrería.

Don Filiberto —como todos lo llamaban— había salido a cazar, pero no tardaría. Hablé con su esposa, una señora obesa que jamás levantaba la vista. Traté de obtener de ella una decisión con respecto a su propiedad. Pero no podía decirme nada. Sólo él tenía la respuesta, y de seguro no demoraría mucho; si yo quisiera volver en dos horas...

Me alegré de no encontrarlo. ¡Tenía dos horas para contemplar la casa! Atravesé corriendo el pueblo y abrí temblando la reja oxidada. Al acercarme a la construcción, al pisar esa tierra olvidada que seguía dando flores, me sacudió un gozo profundo y sensual, mezclado con una inexplicable melancolía.

La mañana no podía ser más bella. La luz que descubrí el primer día que entré en el pueblo inundaba el mundo, y la vista se colmaba de los colores que, gracias a ella, se percibían brillantes hasta el horizonte.

Me sentí plena. Ahora desaparecía todo que no fueran la paz y la felicidad en una conjunción perfecta; la casi inalcanzable satisfacción de ser y estar unidos.

Al llegar a la cabaña espí por los cristales empañados. No podía ver el interior con claridad, pero percibí sus proporciones milagrosamente coherentes con mi necesidad de espacio.

También descubrí algo más: quizás pueda traducirlo como un calor humano, que, sorprendida, intuí que era el mío; así pues, ¡ahí se hallaba mi propia esencia!

Conmovida, con una emoción que en toda mi existencia no me dieron ni el amor ni la esperanza, ni siquiera la fe, me acerqué hasta el portón de la entrada. Primero, con timidez, traté de abrirlo; poco a poco la ansiedad me fue otorgando más fuerzas hasta que, con ambas manos y con toda mi alma, lo empujé, sin éxito.

Regresé a las ventanas y la agitación se esfumó. Un apacible desvanecimiento me hizo sonreír con los ojos entrecerrados. Advertí mi cara reflejada en los sucios cristales. Mas súbitamente, *¡mi propio rostro*, desde atrás de la ventana, empezó a girar, con una lentitud perezosa, hacia el otro lado ocultando sus facciones! Me quedé anonadada. Abrí los ojos hasta sentirlos caer de sus órbitas. Sí, sufría una alucinación: por supuesto que no era la mía aquella cabeza de seco cabello blanco, inclinada, atendiendo con cuidado algo que yo no podía ver. Pero ya se abría la perspectiva que me dejaba vislumbrar a una mujer muy anciana, la cual —mirándola de perfil— escribía en un cuaderno sentada frente a un rústico escritorio, rodeada de muebles antiguos. Con fuerza, cerré los párpados, y al abrirlos todo se había borrado. La visión duró sólo un instante, provocada de seguro por esa avalancha de emociones.

Mareada, con el corazón desbocado, retrocedí unos pasos y traté de serenarme. Más tarde, al tomar conciencia de lo evidentemente imaginado, no sentí el menor temor. El trastorno momentáneo lo achaqué, otra vez, a mi obsesión por aquel

lugar. Obsesión que ya cumplía un año.

Me juré equilibrio, y como una impuesta disciplina, me aparté de la casa. Caminé por el terreno, sentándome aquí o allá entre las flores.

De repente, me di cuenta de la hora: don Filiberto me esperaba.

Al llegar al domicilio de la familia Hurtado las piernas me dolieron por la tensión. En el camino fui haciendo cálculos de lo que podía valer esa propiedad. Desde la primera vez hasta ese instante me había sobrado tiempo para averiguar lo que costaban los predios. Con la ilusión de que el negocio se iba a realizar cuanto antes, pensé preocupada que apenas contaría con el dinero suficiente para cerrarlo.

Fue la esposa de don Filiberto quien me recibió. Con la mirada prendida a mis zapatos me dijo que su esposo ya había regresado, pero que salió de nuevo, en esta ocasión al pueblo vecino para visitar a su hermano. Que era probable que volviera el lunes siguiente o, a lo mejor, ¡hasta el martes!

Me sentí derrotada. En el pelo negro tejido en trenzas de aquella mujer sin rostro, se habían extraviado la confianza y la armonía. Y la congoja colmó todos mis sentidos.

No protesté, únicamente le aseguré que yo regresaría el sábado próximo. Tomé mi auto y, enferma de cansancio, retorné a la ciudad.

Desde ese instante el tiempo camina de puntas en una dimensión inextricable. Atiendo a mis quehaceres como una muñeca amaestrada, siempre con el pueblo, con sus calles y sus gentes, con el terreno florido y con la casa, todo junto, en las entrañas, como la fusión ardiente de este afán que me devora.

El siguiente sábado desayuné en el restorancito cuya dueña, podía decirse ya, era mi amiga.

—¿Y por qué don Filiberto ha tenido abandonada esa propiedad por tantos años?

Ella me miró de reojo en tanto revolvía dos huevos en la sartén.

—Pos vaya asté a saber. Ora que todos dicen que...

—¿Qué?

—No, nada. Ya ve cómo es la gente.

Sabía por experiencia que resultaría inútil insistir, así es que me quedé callada. Por la preocupación ya casi no comía: alma y cuerpo se me iban reduciendo a un suspiro.

Más tarde, al cruzar el jardín levanté la cara hasta los álamos y me pareció que sus ramas conjuraban un sortilegio. Y fue el mismo don Filiberto quien me abrió su puerta.

Yo lo miré pensando que era otro espejismo del pueblo, pero él me tomó del brazo y me ayudó a pasar a la sala, y no tuve más remedio que aceptar que empezaba a soñar mi propio sueño.

Las paredes pintadas de solferino, cayéndose de retratos, de santos y de grietas; la mesa de centro con una carpeta amarilla y un florero gigantesco; en fin, todo a mi alrededor me provocaba una euforia casi lacerante. Al sentarme en el sofá cubierto por sábanas de plástico, tuve la certeza de que las cosas presagiaban el cumplimiento de una antiquísima promesa.

Volví a escuchar mi voz desconocida.

—Y bien, señor Hurtado, ¿en cuánto me vende su casa?

Él prendió un cigarrillo negro; la flama del cerillo develó toda la claridad de sus ojos.

—Pos la verdad, como que todavía no me animo, ¿usté cree?

Pasaron unos segundos. Yo seguía allí con mi sonrisa empeñada en ignorar que estaba muerta. Luego reprimí un exabrupto y me concentré para acumular paciencia.

—Ni me diga eso, don Filiberto, ya hace cinco años que me da esperanzas. ¿Usted cree que es justo?

Solemne, el hombre se recargó en el respaldo del sillón, le dio una larga chupada a su cigarro, expulsó el humo por la boca y la nariz, y tiró la ceniza.

Luego se inclinó un poco y me miró de frente:

—La verdad es que no... digo, que no me parece justo. Así es que sí, se la vendo, pero...

Yo, que ya casi me había acostumbrado al fracaso, como el animal que tiene el hábito de ir a beber a un abrevadero seco, no asumí sus palabras sino hasta después de un rato.

—¿De verás me la vende?! ¿En cuánto? ¡Yo puedo reunir algo de dinero si me falta! ¡Yo...!

—Espérese —y se puso serio—. Le repito que se la vendo, pero antes tiene que saber la historia de esa cabaña. Creo que por no contársela no me he resuelto.

Respiré con dificultad. ¿Qué podía interesarme —¡por todos los cielos!— ésa o cualquier otra historia? Pensé en una trillada leyenda de fantasmas, o algo por el estilo.

—No es necesario, le aseguro, le prometo que...

—Usté no sabe, ¡no sabe! Debe conocer el lugar donde va a meterse.

Me sudaba la frente. Hubiera querido tener mil lenguas que le suavizaran el convencimiento. Habían pasado quince años para que ahora me saliera con semejantes tonterías.

Mi voz se llenó de sombras:

—Óigame: es como si hubiera nacido aquí. ¡He pasado la mayor parte de mi existencia esperando!

—Lo sé, lo sé. ¡Y se la vendo, ya se lo dije!, pero...

—Estoy vieja. No sea despiadado. Déjeme habitar esa casa por el poco tiempo que me queda de vida. Se lo suplico.

—De acuerdo. Pero por estos treinta años que llevamos de trato, tiene que oírme. Usted nunca quiso saber, y eso es muy malo.

—No es cierto —el oxígeno me faltaba—, la gente algo me ha insinuado, pero aquí... usted sabe, don Filiberto... cuarenta años tengo de venir a este pueblo... ¡y nadie habla claro!

—Es que semos discretos. Por eso ahorita quiero informarle.

Todo pareció que se hundía en un pozo de aire. Escuchaba palabras incomprensibles, murmullos que me hablaban de una mujer paralítica que nació en la cabaña. Siempre se aferró a la fantasía enfermiza de vivir en la capital. (*Hacia esfuerzos sobrehumanos por entender*). Nunca pudo salir del pueblo. Le dio por escribir todo el día... todo el tiempo... escribir todo... Se volvió loca con las historias que iba inventando. La pobre lunática repetía haber nacido en la gran ciudad que nunca conoció... y que se había casado... y que su esposo murió; que tenía un viejo automóvil en el cual se iba a no sé dónde. —¡Imagínese, ella que no podía moverse!—. Se le terminó el dinero que heredó de su padre y hasta el de don Filiberto que le compró la propiedad y que por lástima jamás se atrevió a echarla. Los del pueblo —especialmente la mujer de la fonda— le llevaban de comer lo que les sobraba. Vivía en la miseria. Escribiendo. Finalmente, la encontraron muerta, sola, muy muy vieja, tirada en el suelo entre sus cuadernos. Quemaron los escritos, no fuera que Dios castigara al que los leyera por darle la espalda a la realidad; pero su ánima continuaba habitando la casa. Su espíritu loco seguía escribiendo puras mentiras. (*iMentira!*).

—El lugar quedó encantado, maldito, y era cabalmente usted la que tenía que saberlo. —Concluyó con ira Filiberto Hurtado.

Al fin, como pude, sin querer oír más, salí a la calle y el viento helado me hizo reaccionar. No quise volver a pensar en nada que no fuera la alegría de contar aún con dos horas: retornaría a la cabaña en tanto él meditaba su última palabra.

Al arrastrar los pies para atravesar el pueblo, me da la impresión de que yo, sin querer, he tomado indebidamente el tiempo que dura una vida. Una vida que no lograré vivir jamás, condenada sólo a escribirla. (*¡Y para exigirles auxilio golpeo con los puños a mis pies de trapo!*). *En el atroz esfuerzo por entender esta lección de humo, vuelvo a repasar el sendero de las calles. Al paso, mis pupilas dóciles se prenden de los árboles: magnífica verdad de las ventanas; y*



Burne-Jones. *Orpheus: Across the flames I.*

mi presencia de niebla se desliza dulcemente frente a las puertas cerradas, mientras el tiempo, inocente y distinto, se va colando en el arcano cernidor de la espera.

Y ya adentro, justo en medio de la soledad, admirada describo en el cuaderno lo joven que es la imagen del paisaje y de mí misma recargada en el tepozán seco, junto a la barda. Después de contemplar el terreno repleto de flores, y la casa, allá en lo alto, con su chimenea en suspenso, acato, por fin, las órdenes naturales y me diluyo en el regocijo que danza con el viento, que se extiende por todo el azul del cielo, cubre los montones, y se derrama hasta penetrar en la tierra, lentamente... muy lento. LC